



V

El café cantante

QUÉ raro y concienzudo empleado el nuevo dependiente de la casa Fromont!

Todas las noches era su luz la primera que se encendía y la última que se apagaba en la fábrica. Se le había arreglado en el desván una habitación en un todo semejante á la que ocupaba en otro tiempo con Franz, verdadera celda de trapense amueblada con una cama de hierro y una mesa de pino, colocada bajo

el retrato de su hermano; y allí hacía la misma vida activa, laboriosa, regular y retirada que en aquel tiempo.

Trabajaba sin cesar, se hacía llevar la comida de la antigua lechería. Pero ¡ah! la juventud, la esperanza desvanecida para siempre quitaban su encanto á todos sus recuerdos. Por fortuna, quedábanle todavía su hermano y madama Fromont, los dos únicos seres en quienes podía pensar sin despecho.

Madama Fromont estaba presente siempre, solícita y cuidadosa, tanto para consolarlo, como para que nada le faltara; y Franz le escribía de vez en cuando, sin hablarle nunca de Sidonia. Risler creía que álguien lo había puesto al corriente de la desgracia sobrevenida y evitaba también en sus cartas toda alusión á este asunto.

— ¡Oh! ¿Cuándo podré traerlo á mi lado?

Tal era su idea fija, su sueño dorado, su única ambición: levantar la fábrica y llamar á su hermano.

Entre tanto, pasaban los días siempre iguales para él, en el ruido del trabajo fabril y en la cruel soledad de su dolor. Todas las mañanas bajaba á la fábrica, recorría los talleres, donde el profundo respeto que inspiraba su fisonomía severa y silenciosa, habían restablecido el orden, por algún tiempo turbado. En los comienzos se había murmurado mucho y comentado por varias maneras la desaparición de Sidonia: los unos decían que había huído con un amante; los otros que él mismo Risler la había expulsado de su casa. Lo que extraviaba todas las opiniones era la actitud de los dos consocios, que parecían tan amigos como antes. No sabían que á veces, cuando los dos amigos hablaban á solas en el despacho, sentía Risler de repente un estremecimiento, un sobresalto, como una visión del adulterio pasado. Pensaba en que aquellos ojos y aquella boca y todo aquel semblante que tenía

á la vista le había mentido en sus mil expresiones. Entonces tentábalo el demonio con el deseo homicida de saltar sobre el miserable, cogerlo de la garganta y estrangularlo sin misericordia. Pero el recuerdo de Clara estaba allí siempre vivo para ahuyentar aquella mala tentación y tener á raya sus iracundos ímpetus. ¿Había de ser el más flaco, menos animoso y dueño de sí mismo que aquella infeliz mujer?

Ni Clara, ni Fromont ni nadie sospechaba lo que pasaba en él; apenas podía adivinarse en su conducta una rigidez que no le fuera habitual. Risler imponía ahora á los operarios, y los que no se sentían poseídos de respeto ante sus cabellos encanecidos en una noche, temblaban ante el mirar de sus ojos, de color negro azulado, como la hoja de un cuchillo. Siempre bondadoso con los operarios, era intransigente con las infracciones del orden establecido. Hubiérase creído que se vengaba de no sé qué indulgencia pasada, ciega y culpable de que se arrepentía y acusaba.

Verdaderamente era un admirable empleado el nuevo dependiente de la casa Fromont.

Por solicitud suya, la campana de la fábrica recobró muy luégo toda su autoridad, á pesar de su voz vieja y cascada; y él que todo lo dirigía, y en todo estaba y á todo acudía con ubiquidad asombrosa, se negaba á sí mismo el más ligero alivio. Sobrio como un aprendiz, dejaba tres cuartas partes de su sueldo á Planus para la pensión de sus suegros; pero no quería saber nada de ellos. El último día del mes iba puntualmente Mr. Chebe á cobrar su asignación, tieso y erguido con Sigismundo como cumplía á un rentista. Su mujer había pretendido alguna que otra vez acercarse á su yerno, á quien compadecía y amaba; pero la sola aparición de su histórico chal ahuyentaba al marido de su hija.

Y es que todo aquel valor de que se armaba era

más aparente que real. El recuerdo de su esposa no se borraba en él jamás. ¿Qué había sido de ella? ¿Qué hacía?... Casi quería mal á Planus por seguir tan estrictamente su prevención de no hablarle nunca de ella. Aquella carta, sobre todo, aquella carta que había tenido el valor de dejar intacta, aquella carta aún cerrada lo turbaba verdaderamente ¡Ah! Si se hubiera atrevido á pedírsela á Sigismundo!...

Un día fué ya la tentación demasiado fuerte. Hallábase solo en el despacho. El viejo cajero había ido á desayunarse y hubo de dejar, por extraordinario olvido, la llave del cajón puesta. Risler no pudo resistir más y lo abrió; pero en vano: por más que registró entre los papeles, la carta no estaba allí. Sigismundo debía de haberla guardado más cuidadosamente, acaso en la previsión de lo que sucedía en aquel momento. En el fondo, no sintió Risler aquel contratiempo, sabiendo, como sabía, que si hubiera encontrado la carta, habría acabado aquella resignación activa que tan penosamente se imponía.

Toda la semana hallábase bien: la existencia era soportable, absorbida en los mil cuidados de la casa, y tan laboriosa que, llegada la noche, caía Risler en el lecho como una masa inconsciente, como un cuerpo muerto; pero el domingo era largo y penoso para él: el silencio de los patios, la quietud de los talleres, la soledad de toda la fábrica, abría á su pensamiento un campo más vasto. Cierta que podía trabajar y probaba á hacerlo; pero faltábale al suyo el estímulo del trabajo de los demás. Él solo estaba ocupado en aquella gran fábrica en reposo. Los cerrojos corridos, las persianas cerradas, la sonora voz del tío Aquiles que jugaba con el perro en el patio, todo le hablaba de soledad. Y el barrio también le hacía esta impresión. En las calles amplias donde los transeuntes eran pacíficos y raros, el tañido de las campanas que tocaban á

visperas, caía melancólicamente, y á las veces un eco del tumulto parisiense, ruedas en movimiento, un organillo rezagado, la carraca de la barquillera, atravesaban aquel silencio como para aumentarlo todavía.

Risler hacía combinaciones de flores y hojas, y mientras manejaba el lápiz, su imaginación que no tenía aquí ocupación suficiente, se le escapaba insensiblemente en pos de la dicha pasada, con su reata de perfidias, catastrofes y decepciones. Luégo, volviendo en sí, preguntaba al pobre sonámbulo, sentado siempre á su mesa de trabajo:

—¿Qué has hecho en mi ausencia?

—¡Ah!... No había hecho nada.

—¡Qué largos, qué tristes y crueles domingos!...

Á todo esto se añadía en su alma esa superstición popular por los días feriados, por el reposo de veinticuatro horas en que se reparan las fuerzas y se cobra nuevo aliento. Si hubiera salido, la vista de un operario acompañado de un niño y de una mujer, le hubiera hecho sollozar; pero su reclusión de trapense le guardaba otros sufrimientos, la desesperación de los solitarios, sus tremendas rebeliones, cuando el dios á que se han consagrado no responde á sus sacrificios. El dios de Risler era pues el trabajo, y como no encontraba en él la paz, el sosiego, la serenidad que buscaba, renegaba de él y lo maldecía.

Muy á menudo, en estas horas de combate, la sala de dibujo se abría blandamente y aparecía como un ángel de consuelo Clara Fromont. El aislamiento del pobre Risler en las largas tardes del domingo, le daba lástima, y bondadosa y llana, iba á hacerle compañía con su hija, sabiendo por experiencia propia lo que tiene de comunicativo la dulzura de los niños. La pequeña, que ya andaba sola, se deslizaba de los maternales brazos para correr á los de Risler, el cual oyendo sus pasitos por detrás y luégo su ligera res-

piración, sentía al punto una impresión que lo calmaba y rejuvenecía. La niña le echaba los brazos al cuello con su risa ingenua y sin causa, y le daba un beso con sus lindos labios que no habían mentido nunca.

Clara Fromont, de pié en la puerta, sonreía bondadosamente mirándolos.

— Risler, amigo mío — le decía — es menester que baje usted un rato al jardín: trabaja usted demasiado y se pondrá al fin malo.

— Al contrario, señora; el trabajo es lo que me salva, porque impide que piense en mi desgracia.

Después de un largo silencio, añadía la buena Clara:

— Vamos, mi querido Risler; es preciso olvidar...

Risler movía la cabeza.

— ¡Olvidar! ¿Es acaso posible? Hay cosas superiores á toda fuerza humana. Se perdona, pero no se olvida.

Casi siempre acababa la niña por arrastrarlo al jardín, y de buen ó mal grado era menester jugar con ella; pero la torpeza y desmaña de su pesada pareja aburrían pronto á la rapazuela y entonces permanecía más sosegada, contentándose con pasear gravemente entre las hileras de bojes, de la mano siempre de su amigo.

Al cabo de un momento no pensaba ya Risler en que estaba ella allí; pero el calor de aquella manecita en la suya tenía un efecto magnético sobre su ulcerada alma.

¡Se perdona, pero no se olvida!

La pobre Clara sabía también algo de esto, porque no había olvidado nada ella tampoco, á pesar de su gran valor y el gran concepto que tenía de su deber: para ella, como para Risler, el medio en que vivía, era un llamamiento perpetuo á sus sufrimientos, y sin piedad los objetos que la rodeaban refrescaban continuamente su herida: la escalera, el jardín, el patio, todos aquellos testigos ó cómplices mudos del adulte-

rio tenían en ciertos días una fisonomía implacable. Las mismas precauciones que tomaba su marido para evitarle recuerdos penosos, el cuidado que tenía en no salir de noche y en darle cuenta de sus salidas de día, no sino servían para recordarle mejor su falta. Á las veces se le pasaban á ella ganas de decirle:

— Menos celo; no hagas demasiado.

La fe estaba rota en su corazón, y el horrible sufrimiento del sacerdote que duda y quiere, sin embargo, mantenerse fiel á sus votos, se revelaba en su amarga sonrisa y en su fría dulzura sin reconvenções ni quejas.

Jorge era muy desgraciado. Amaba ahora á su esposa, cuya magnanimidad lo había vencido: había verdadera admiración en este amor, y ¿por qué no decirlo? el enojo de Clara parecíale una coquetería fuera de carácter, la cual le había faltado siempre á los ojos de su marido, porque Jorge era de ese singular tipo de hombres que gustan de hacer conquistas. Fría, caprichosa y todo, Sidonia respondía á esta rareza de carácter. En efecto, después de haberlo despedido con un amoroso adios, la encontraba el día siguiente fría, olvidadiza, indiferente, y aquella perpetua necesidad de atraerla, de sujetarla, suplía para él la pasión verdadera. La serenidad en el amor lo hastiaba como al buen marino una travesía sin tempestades. Esta vez por poco no perece con su mujer, y todavía no había pasado completamente el peligro. Sabía que Clara estaba desligada de él y sólo consagrada á su hija, único lazo entre ellos ya; y como este alejamiento hacía que le pareciera más bella, ponía en juego todo su arte de seducción para atraérsela, para recobrar lo perdido. Bien conocía cuán difícil había de serle esto, cuanto más que no se las había con un carácter trivial; sin embargo, no desesperaba, porque á las veces, en el fondo de la mirada tan dulce y al parecer impasible,

que veía sus esfuerzos, echaba de ver como una vislumbre de esperanza.

Atento á Sidonia, ni siquiera se acordaba ya de ella. No hay que extrañar tampoco esta especie de rompimiento moral. Aquellos seres superficiales no tenían nada que pudiera ligarlos profundamente; bien que en lo demás los dos fueran para en uno. Jorge era incapaz de sentir impresiones duraderas, como no fueran renovadas sin cesar, y Sidonia por su parte no podía inspirar nada tenaz ni grande. Era el suyo uno de esos amoríos de mujer de vida airada, engendro de vanidades, de despechos, de fantasías, que no inspiran abnegación, ni constancia, ni arrastran más que aventuras trágicas, duelos, suicidios, de que vuelve uno casi siempre y vuelve curado. Acaso si la hubiera vuelto á ver, habría vuelto á recaer; pero la ráfaga de la fuga había arrastrado á Sidonia demasiado pronto y demasiado lejos para que fuera posible volver á ella. De todas maneras, no dejaba de ser un alivio para él poder vivir sin mentir; y la vida que ahora hacía, laboriosa y estrecha, con una esperanza lejana de mejoría, no le desagradaba. Por fortuna; porque no bastaba el valor y buena voluntad de los dos consocios para levantar la casa.

Por todas partes hacia agua aquella pobre nave, ó sea la fábrica Fromont. Por eso el celoso é infatigable cajero hubo de pasar aún muchas y malas noches, atormentado por las pesadillas del vencimiento y la visión fatal del hombrezuelo azul. Pero á fuerza de economía, de actividad y orden se llegó á dominar la situación.

Muy luégo cuatro estampadoras Risler, definitivamente instaladas, funcionaron en la fábrica. La industria de papeles pintados comenzó á sentir sus efectos: Lyon, Caen, Rixheim, los grandes centros de este tráfico se inquietaron mucho con aquella prodigiosa

máquina *giratoria y duodecágona*. Hasta que un día se presentaron los Prochasson ofreciendo trescientos mil francos, sólo por participar del derecho del privilegio.

— ¿Qué hacemos? — preguntó Fromont á Risler.

Éste se encogió de hombros en expresión de indiferencia.

— Usted lo ha de resolver — contestó — eso no me compete á mí, que no soy más que un dependiente de la casa.

Dichas friamente y sin cólera estas palabras, cayeron en el alegre aturdimiento de Jorge y lo trajeron á la gravedad de una situación que estaba siempre á punto de olvidar.

Sin embargo, cuando pudo hablar á solas á su querida señora, madama Fromont, el buen Risler le aconsejó que no aceptaran el ofrecimiento de los Prochasson.

— ¡Calma! No hay que precipitarse. Más tarde venderán ustedes con mayor ventaja.

Risler no hablaba más que de ellos en un negocio que le concernía con tanto derecho como gloria. Comprendíase bien que de antemano se apartaba de su porvenir.

Vinieron luégo las demandas y se acumularon en gran número. La calidad del papel y su precio bajo en razón de la facilidad y economía de la fabricación, hacían imposible toda concurrencia. Á no dudar ya, el negocio que se ofrecía á la casa Fromont era colosal: la fábrica había recobrado su aspecto floreciente de otro tiempo y su gran rumor de gigantesca colmena. Centenares de operarios llenaban sus talleres, y todo era movimiento, animación y vida. El viejo cajero no levantaba la cabeza de sus libros, y se le veía desde el jardín hacer asientos de beneficios, beneficios de la *estampadora Risler*, sin darse punto de reposo.

Risler trabaja también sin distracción ni descanso.

La prosperidad sobrevenida no había cambiado sus hábitos de reclusión y trabajo; y desde la más alta ventana del último piso de la casa se complacía en oír el grandioso ruido de su invento. Ni estaba menos sombrío y taciturno.

Un día, sin embargo, se supo en la fábrica que la estampadora Risler, de que se había enviado un ejemplar á la grande exposición de Manchester, había merecido la medalla de oro, que venía á ser la consagración definitiva de su éxito.

Clara Fromont llamó á Risler al jardín á la hora del almuerzo y quiso darle ella misma la noticia.

Una sonrisa de orgullo despejó momentáneamente su semblante envejecido y sombrío. Su vanidad de inventor, la altivez de su gloria, y sobre todo la idea de poder reparar por modo tan espléndido el daño causado por su mujer á la casa, le dieron un minuto de felicidad.

Con esto, estrechó con efusión las manos de Clara y murmuró como en los dichosos días de triste recordación:

— Estoy contento... estoy contento.

Pero ¡qué diferencia de entonación! Decía esto sin entusiasmo, sin arranque, sin esperanza, con la satisfacción de un deber cumplido y nada más.

La campana de la fábrica hizo la señal para que volvieran los operarios al trabajo.

Risler subió tranquilamente á continuar el suyo como los demás días.

Al cabo de un momento volvió á bajar.

Á pesar de todo, aquella noticia lo había impresionado más de lo que parecía. Y andaba por aquí y por allá en el jardín, alrededor del despacho del cajero, sonriendo tristemente al mirar á su amigo al través de los vidrios.

— ¿Qué tendrá que decirme? — se preguntaba Sigismundo. — ¿Para qué me querrá?

En fin, al cerrar el despacho, se decidió Risler á entrar y le dijo:

— Planus, amigo mío... quisiera...

Y vaciló un momento.

— Quisiera que me dieras la carta aquella... ¿No te acuerdas? La carta y el paquete.

Sigismundo lo miró estupefacto. Ingenuamente había creído que Risler no se acordaba ya de Sidonia ni de la santa de su nombre.

— ¡Cómo así! ¿Quieres la carta aquella?...

— ¡Oh! Bien la he ganado, y bien puedo pensar un poco en mí, después de haber pensado tanto en los demás.

— Tienes mucha razón — dijo Planus. — Pues bien, mira lo que vamos á hacer. La carta y el paquete están á buen recaudo en mi casa. Si quieres, iremos los dos á cenar al *Palais-Royal*, como en los buenos tiempos, obsequiando yo, por supuesto. Remojaremos tu medalla con vino sellado, y luego subiremos á Mont-rouge, donde te devolveré tus papeles. Si se nos pasara la hora, que bien pudiera ser, Mlle. Planus, mi hermana, te hará allá una cama y dormirás en casa, pues no es cosa de que vuelvas á deshora. Allá se está bien; es como estar en el campo. Mañana á las siete volveremos juntos á la fábrica aprovechando la primera salida de ómnibus. Con que, paisano, hazme este favor y vamos; donde no, creería que guardas aún rencor contra tu antiguo amigo.

Risler aceptó. No pensaba en festejar su medalla, sino en leer algunas horas después aquella carta.

Ante todo era menester vestirse, que era toda una obra, después de seis meses de andar á la llana con la humilde librea del trabajo. Fué todo un acontecimiento en la fábrica, del cual fué avisada sin retardo madama Fromont.

— Señora, señora... Mr. Risler sale.

Clara lo miró desde sus ventanas; y aquel corpa-
chón encorvado por el pesar y apoyado en el brazo de
Sigismundo le produjo honda impresión, que recordó
después muchas veces.

En la calle lo saludaban muchos con interés, y aquel
saludo enardecía su corazón. ¡Tenía tanta necesidad
de benevolencia!... Pero el ruido de los carruajes lo
aturdía un poco.

— Se me va la cabeza — decía á Planus.

— Apóyate bien en mí, amigo mío y no tengas
miedo.

Y el honrado Sigismundo se erguía y pavoneaba
paseando á su amigo con la ingenua y fanática altivez
de un campesino del Mediodía llevando á costas el
santo de su lugar.

Por fin llegaron al *Palais-Royal*.

El jardín estaba lleno de gente, que había ido á oír
la música, y entre el polvo y el ruido de las sillas, cada
cual buscaba su sitio. Los dos amigos se dieron prisa
en entrar al *restaurant*, para sustraerse al bullicio, y
se acomodaron en uno de los salones del principal,
desde donde se veía el verdor de los árboles, los pa-
seantes y el remate de la fuente entre los dos tristes
cuadros del jardín.

Para Sigismundo, era el ideal del lujo aquella sala
de fonda con oro por todas partes, en los marcos de
los espejos, en la araña y hasta en los tapices de pa-
pel pintado; y la blanca servilleta, y el panecillo y la
lista de una comida á precio fijo lo llenaban de alegría.

— Estamos bien ¿eh? — decía á Risler.

Luégo á cada plato de aquel *gaudeamus* á dos fran-
cos, cincuenta, hacía mil exclamaciones cargándole la
mano á su amigo.

— Come, come de esto... es cosa buena.

El otro, á pesar de su deseo de festejar su medalla,
parecía preocupado y miraba á menudo por la ventana.

— ¿Te acuerdas, Sigismundo?... — dijo al cabo de
un buen rato.

El viejo cajero, lleno de recuerdos de otro tiempo,
de los comienzos de Risler en la fábrica, contestó sin
vacilar:

— ¡Pues no! ¡Vaya si me acuerdo! La primera vez
que comimos juntos en el *Palais-Royal*, fué en Febre-
ro del 46.

Risler meneó en negativa la cabeza.

— No, no es eso; yo hablo de ahora há dos años...
Allí enfrente comimos aquella famosa noche.

Y le indicaba las grandes ventanas del salón de Ve-
four, que el sol poniente iluminaba como las arañas de
una comida de bodas.

— Sí, es verdad — murmuró Sigismundo algo con-
fuso.

¡Qué desdichada idea había tenido de llevar á su
amigo á un sitio que le recordaba cosas tan tristes!

Risler, que no quería entristecer la comida, levantó
su vaso repentinamente.

— Ea, á tu salud, amigo mío.

Con esto, desvió la conversación. Pero un minuto
después, él mismo la traía otra vez al asunto, pregun-
tando á Sigismundo en voz baja, como si tuviera ver-
güenza:

— ¿La has visto alguna vez?

— ¿Á quién? ¿Á tu mujer?... No, jamás.

— ¿Ni ha escrito?

— Tampoco... nunca.

— Pero, en fin, noticias á lo menos, ya tendrás de
ella... ¿Qué ha hecho durante éstos seis meses? ¡Vive
con sus padres?

— No... con sus padres no vive.

Risler palideció.

Suponía que Sidonia había vuelto á la casa paterna
donde, trabajando como él, expiaba su falta. Con fre-

cuencia había pensado que, al tenor de lo que supiera cuando tuviese el derecho de hablar de ello, arreglaría su vida futura, y en ese porvenir lejano que tiene la indecisión de un sueño, veíase desterrado con los Chebes en el fondo de un país ignorado, donde nada le recordaría la vergüenza pasada.

No era un proyecto ciertamente; pero esto vivía en lo hondo de su alma como una vaga esperanza por esa necesidad que tienen todos los seres de volver á la felicidad perdida.

— Pero ¿ está en París ? — preguntó después de una pausa de reflexión.

— No... hace tres meses que salió de aquí, sin que se sepa á dónde fué á parar.

Sigismundo se guardó bien de decir que Sidonia había partido con su Cazaboni, cuyo apellido llevaba ahora; que recorrían juntos las ciudades de provincia y que su madre estaba desolada sin tener más noticias de ella que las que le daba Delobelle. No creyó prudente el viejo cajero decir nada de esto; y así, después de su última palabra, cerró la boca.

Risler, por su parte, tampoco se atrevía á preguntar más.

Estando allí frente á frente y un tanto embarazado por el largo silencio, rompió á tocar bajo los árboles del jardín una orquesta militar, ejecutando una de esas oberturas de ópera italiana, que parecen compuestas para el cielo abierto de los paseos públicos, y cuyas numerosas notas se mezclan en el aire con los parleros chorros de las fuentes. Los ruidosos instrumentos hacen resaltar muy bien la dulzura de esas tibias noches de verano, después de un día tan largo y pesado en París. Las ruedas lejanas, los gritos de los muchachos jugando, el taconeo de los paseantes, todo es arrebatado en esas ondas sonoras, frescas, refrescantes, tan gratas y útiles á los parisienses como el

diario rocío ó riego de sus paseos. Alrededor, las flores fatigadas, los pulverientos árboles, los semblantes pálidos y mates á causa del calor, todas las miserias de una gran ciudad encorvadas y pensativas en los bancos del jardín, reciben una impresión de alivio y bienestar. El aire se mueve, se renueva por esos acordes, por esas corrientes de armonía que lo atraviesan y sacuden.

El pobre Risler sintió un profundo estremecimiento.

— La música alivia el corazón — decía con ojos brillantes.

Y añadió bajando la voz:

— Estoy afectado, amigo mío. ¡ Si tú supieras ! ...

Y permanecieron en silencio, puestos de codos á la ventana, mientras les servían el café.

Luégo cesó la música y quedó el jardín desierto.

— ¿ Adónde vamos ahora ? — dijo Planus al salir del *restaurant*.

— Adonde quieras.

Había allí cerca, en un principal de la calle de Montpensier, un café de los que llaman cantantes, adonde se veía entrar mucha gente.

— ¿ Vamos á subir ahí ? — preguntó Sigismundo, que á toda costa quería disipar la tristeza de su amigo. — Me consta que la cerveza es excelente.

Risler no opuso inconveniente y se dejó llevar. Hacía seis meses que no había gustado una gota de cerveza...

Era aquel un antiguo *restaurant* transformado en salón de concierto: tres grandes piezas cuyos tabiques se habían derribado formaban el local, con columnas doradas que sostenían el techo decorado, como los testers, de arabescos de color rojo subido y azul bajo.

Bien que fuera temprano todavía, todo estaba ya lleno y se sofocaba cualquiera, aun antes de entrar,

sólo de ver el gentío agrupado alrededor de las mesas, y en el fondo, medio ocultas por la sucesión de columnas, esas mujeres apiñadas sobre un estrado, vestidas de blanco, al calor y deslumbramiento del gas.

Nuestros dos amigos se vieron y se desearon para encontrar colocación, y aún así, detrás de una columna que les quitaba la vista, dejándolos ver apenas medio estrado, ocupado á la sazón por un caballero, digámoslo así, vestido de levita negra y guante amarillo, rizado y acicalado en *cursi*, el cual caballero cantaba con voz vibrante :

Mis bravos leones de crines doradas,
sedientos de sangre de caza de pelo...
¡Alto! Yo hago sentinelo!

El público, compuesto de comerciantes de menor cuantía, con sus mujeres é hijas, parecía entusiasmado, sobre todo, las mujeres. Era, en efecto, el ideal de las imaginaciones de tienda aquel magnífico pastor del desierto que hablaba á los leones con tanta autoridad y guardaba su rebaño en traje de sarao. Así, á pesar de su aire burgués, de sus modestos trajes y la vulgaridad de sus sonrisas de mostrador, todas aquellas damas se dejaban llevar del estímulo del sentimiento y convertían sus lánguidos ojos al cantor. Lo mas cómico era que aquella mirada se transformaba de repente en el estrado, tomando expresión fiera al caer sobre el marido, en actitud de tomar un trago en frente de su mujer.

— No, no eres tú capaz de hacer *sentinelo* á las barbas de los leones, puesto de levita negra y guantes amarillos.

Y el marido parecía que contestaba con los ojos.

— Es verdad : es ese la flor y nata de los pastores.

Bastante indiferentes á esta especie de heroísmo,

saboreaban su cerveza Risler y Sigismundo sin prestar muy atento oído á la música, cuando acabada la romanza con los aplausos, gritos y rumores que siguieron, exclamó el viejo cajero :

— ¡Pardiez! Me pareció haber distinguido allá... y no me engaño, él es... el mismo Delobelle en persona.

Era en efecto el ilustre comediante, sentado en primera fila junto al estrado. Su canosa cabeza aparecía, sino enteramente, lo bastante para darse á conocer. Apoyábase con elegante negligencia en una columna, con el sombrero en la mano, y vestido, por decirlo así, de punta en blanco : camisa deslumbradora, rizado á medio hierro, levita negra con su camelia al ojal como una venera. De cuando en cuando se dignaba mirar al público con desdeñosa superioridad ; pero adonde se volvía más á menudo era al estrado poniendo la cara amable, simulando aplausos y sonriendo como para animar á álguien, á quien no podía ver Sigismundo desde su asiento.

La presencia del ilustre Delobelle en un café concierto no tenía nada de particular, como quiera que todas las noches se retiraba á deshora ; mas con todo eso, el viejo cajero hubo de sentir cierto malestar, muy especialmente cuando descubrió en la misma fila de espectadores una capota azul y dos ojos de acero en medio. Era mistress Dobson, la sentimental maestra de canto.

Entre el humo de las pipas y la confusión del público aquellas dos fisonomías, próximas una á otra, producían en el ánimo de Sigismundo el efecto de dos apariciones fatídicas, como evocarlas suelen las coincidencias de un mal sueño, y temiendo por su amigo sin saber precisamente qué, le ocurrió luégo al punto la idea de llevárselo de allí.

— ¿ Vámonos, Risler ? Se ahoga uno aquí de calor.

Al levantarse para irse, pues á Risler le daba lo mis-

mo partir que no partir, la orquesta, compuesta de un piano y algunos violines, comenzó á tocar un raro ritornelo.

Sucedió en el salón un general movimiento de curiosidad, y por todas partes se llamaba al orden diciendo:

— ¡Silencio! ¡Sentarse!

Viéronse pues obligados nuestros dos amigos á ocupar de nuevo sus sitios.

Pero Risler comenzaba ya á turbarse.

— Conozco yo esa tocata, se decía. ¿Dónde la he oído?

Una tempestad de aplausos y una exclamación de Planus le hicieron volver los ojos.

— Vente, vente... salgamos — decía el cajero procurando arrastrarlo afuera.

Pero era ya tarde.

Risler había visto ya á su mujer, que avanzando en el estrado, se inclinó ante el público con sonrisa de bailarina.

Vestía de blanco como la noche del baile, y hacía gala de un desenfado chocante. El escote del vestido era audaz; sus cabellos volaban por encima de los ojos como una niebla, y un collar de perlas, demasiado gruesas para auténticas, daba tres vueltas á su garganta, y aun caía sobre su mal tapado seno.

Tenía razón Delobellé: haciale falta entrar en el país de Bohemia. Su belleza había ganado en ello no sé qué expresión indolente que la caracterizaba, y hacía de ella el verdadero tipo de la mujer fugada, entregada á todos los azares y bajando de grada en grada hasta lo más profundo del infierno parisiense, sin que nada en el mundo sea bastante eficaz para traerla otra vez al aire puro y á la luz.

¡Y cómo estaba á sus anchas en su compañía de la legua! ¡Con qué seguridad andaba por las tablas!...

¡Ah! Si hubiera podido ver la mirada de desesperación que álguien le dirigía desde un extremo de la

sala, encubierto con una columna, no hubiera, no, tenido su sonrisa aquella placidez impúdica y desvergonzada, ni menos hubiera encontrado su voz aquellas inflexiones mimosas, zalameras y lánguidas para arrullar la única romanza que mistress Dobson pudo enseñarle:

¡Pobesita Zizi!

El amó, el amó la púesto así...

Risler se había levantado, á pesar de los esfuerzos del desconcertado Sigismundo.

— ¡Silencio! Sentarse!

El desgraciado no oía nada.

Miraba solamente á su mujer.

El amó, el amó la púesto así,

repetía Sidonia con aplaudida monería.

Risler estuvo para saltar al estrado y matarlos á todos: le pasaban por los ojos rojizos resplandores y le cegaban luego negras tempestades de furor.

Pero esto fué por fortuna fugaz, pues muy luego poseyeron su ánimo la repugnancia y la vergüenza, y se precipitó afuera derribando sillas y mesas, y perseguido por las imprecaciones de todos aquellos mercaderes escandalizados.

